

Fascismo, posfascismo y transición a la democracia. La evolución política y cultural del franquismo en relación al *modelo* italiano¹

MIGUEL ÁNGEL RUIZ CARNICER

Dejemos pues -¡por favor!- de aprender de los libros y sepamos interpretar los hechos que vivimos. Los fascismos europeos murieron de muerte violenta y es imposible adivinar lo que hubieran dado de sí. Sólo el español ha podido completar su ciclo vital. ¿Por qué entonces, copiar estúpidamente ideas ajenas cuando somos nosotros los que tenemos sobre el fascismo la más larga y completa experiencia del mundo?²

La Italia fascista es la máxima encarnación del encuentro entre el ideario de los veteranos de entreguerras y la modernidad de unas propuestas que no se limitan a suponer una contrarreforma frente al miedo a la revolución de los soviets, tan claramente encarnado en algunos episodios en el tránsito de la segunda a la tercera década del *Novecento*, sino que supone toda una visión doctrinal y vital novedosa, por lo que no podemos limitarnos a ver a los fascistas como meros muñecos en manos de los intereses del gran capital o de los sectores tradicionales, como la visión más tosca de la tercera internacional quiso hacer ver.

En ese sentido, y en la línea de pensadores de referencia como Gramsci en este terreno, la complejidad del fenómeno fascista enseguida fue puesta de relieve por otros autores. La historiografía, a las alturas de esta segunda década del siglo XXI, con algunos a la cabeza en este terreno como Roger Griffin, ha ido reconociendo en el fascismo unos elementos que apuntan a la especificidad de la época en los aspectos filosóficos (vitalismo, organicismo), sociales (eugenesia, asunción de la masa como agente histórico), culturales (nacionalismo esencialista y extremado, reforzado por la experiencia de la gran guerra) y políticos (rechazo al modelo liberal, reivindicación de la tradición y

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación HAR2012-36528 otorgado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España. Agradezco a la dirección de la revista la invitación para participar con esta colaboración.

² 588.847 [JULIÁN AYESTA], “Más fascismo”, *Diario SP*, 7 junio 1968, p. 1.

oposición al modelo soviético y los modelos socialistas en general) que suponen el despliegue de un modelo en sí mismo.

Ese modelo se ve ejecutado “hasta las últimas consecuencias” con el nazismo alemán, por la guerra que radicaliza la actuaciones del partido y sus secciones y del Estado alemán en su conjunto, y porque está ligado al exterminio de los judíos debidos a la maquina de matar que se pone en marcha en el Este con el inicio del frente y la invasión de la URSS. En todo caso, liguemos o no ese racismo extremo al fascismo genérico³, hay unos rasgos comunes con el modelo italiano, aunque éste a veces quede en la historiografía como un estadio previo, algo que históricamente no es muy de recibo, ya que escogemos como modelo el caso alemán, un régimen llevado al extremo por la personalidad desquiciada de sus dirigentes y las circunstancias extraordinarias en que se desarrolla en su fase final.

En el otro extremo, el régimen encabezado por el General Franco supone la expresión de algo difícilmente reconocible como fascismo por parte de muchos, sobre todo en los años sesenta y setenta. La evolución política del régimen, la pérdida de peso político de los falangistas como sector identificado con la causa del Eje y el mayor peso de católicos y tecnócratas y la propia evolución de algunos franquistas reformistas hasta ser protagonistas en el proceso de transición política hacia la democracia tras la muerte del dictador en los años setenta, hicieron que se viera este largo régimen como una dictadura “tradicional” sometida a una tentación fascista inicial, o un modelo militarista en la tradición decimonónica influido por el conflicto mundial y el combate ideológico de la época, al margen del enorme monto de la represión como consecuencia de la guerra civil.

Precisamente la larga duración del régimen franquista ha hecho difícil su capacidad para ser reducido a la etiqueta del fascismo. Sin embargo, responde en sus características al mismo modelo de los fascismos genéricos a las que aludía antes, aunque tenga sus peculiaridades que están ligadas a su evolución histórica: la centralidad del catolicismo en la definición del modelo nacional; el peso histórico de los militares en la tradición política española desde el siglo XIX y la guerra civil. Es verdad sin embargo que hay elementos que dificultan el crecimiento del fascismo, como la no participación en la primera guerra mundial, y la falta de una cultura laica y moderna suficientemente desarrollada para que sirva de base filosófica para algunos desarrollos del fascismo en sus aspectos más innovadores frente a las elaboraciones tradicionales que hacen a

³ Algunos aportes recientes al tema del fascismo genérico y específico en C. IORDACHI (ed.), *Comparative Fascists Studies. New perspectives, rewriting Histories*, Londres, Routledge, 2010, singularmente R. EATWELL, *The nature of 'generic fascism'. The 'fascists minimum' and the 'fascists matrix'*, pp. 134-161, así como F. GALLEGO, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014, Introducción. Para evitar largas listas de bibliografía sobre un tema de referencias tan amplias ver A. KALLIS (ed.), *The fascists Reader*, Londres, Routledge, 2003 y J. ANTON MELLON, (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos. Nuevas aportaciones teóricas*, Madrid, Tecnos, 2012.

las formulaciones fascistas dependientes del tradicionalismo y de la larga tradición reaccionaria que venía del siglo XIX.

La guerra civil española supone una peculiaridad respecto a otros fascismos en dos aspectos. Por un lado, la guerra es el momento crítico que hace posible el efectivo nacimiento de un fascismo con base popular, la elaboración de un programa político fuertemente influido por Berlín y Roma al unir catolicismo y las modernas propuestas fascistas por mor de la guerra y la construcción de un estado inspirado en sus principios⁴. El otro rostro de la guerra es dificultar la credibilidad del mensaje del fascismo que fue siempre la superación de los enfrentamientos internos por una síntesis nacional superadora de las diferencias en una construcción palingenésica que dejaba matices y diferencias políticas y sociales en un segundo plano, y en torno a ello se imponía un ideario y unas tesis. En el caso de España, la guerra es la constatación irrefutable de la división patente que hacía incluso superflua o no conveniente una movilización política que recordaba para muchos la guerra o la posibilidad de nuevas guerras. Por otro lado, el control era un hecho y la división entre vencedores y vencidos iba a quedar indeleblemente marcado durante varias generaciones. El fascismo se impone así pero resulta chocante y siempre “pendiente” el discurso de integración y de unidad que los fascistas no pueden dejar de exhibir.

Finalmente, y como ya he dicho, el gran hecho diferencial del fascismo español y su encarnación “realmente existente” en el franquismo es la duración en el tiempo. Algo que ha jugado en contra analíticamente hablando, pues se puede decir que se inicia un proceso de desfascistización del régimen desde dentro, aunque nunca se rechaza el pasado del que se viene, sino que se entiende como una raíz respetable y reivindicable (incomprendida en el mundo forjado por los vencedores de la guerra y por el marco de las democracias parlamentarias occidentales) que sin embargo reconoce la existencia de otro contexto político nacional e internacional en el que los viejos fascismos no tienen cabida.

El único fascismo superviviente

El caso español fue producto de una situación excepcional en Europa: la consolidación de un régimen formalmente fascista en la medida en que se

⁴ Esta es la tesis central que desarrolla con todo lujo de detalles Ferrán Gallego en F. GALLEGO, *El evangelio fascista*, cit. La tesis de Gallego nos permita trascender las interpretaciones estrechas del concepto fascismo para referirnos a la formación efectiva de una coalición de sectores contrarrevolucionarios y singularmente católicos que con el ingrediente clave del fascismo como agente modernizador y aglutinador de las nuevas generaciones, pone en marcha un bloque enfrentado al comunismo y que se hará con el control del estado; desde ese punto de vista, da por hecho la naturalidad en su composición multiforme y heterogéneo, dejando de ver al partido y su mayor o menor fuerza como elemento definidor de un “fascismo”. Desde ese punto de vista, el régimen de Franco sería un caso de coalición fascista clara, aunque luego vaya “desfascistizándose” al ir perdiendo peso tras 1945 los sectores identificados con las propuestas de los años treinta por el cambio de contexto histórico.

alineaba con el Eje y su estructura, origen, inspiración y metas exteriores coincidía con las demás potencias fascistas que ayudaron a su consolidación (así, con esa claridad fue condenado por naciones Unidas en la sesión de 12 de diciembre de 1946 e instados los embajadores a retirarse) en un contexto en que no sólo habían sido derrotados los fascismos en Europa militarmente, sino que toda la elaboración doctrinal fascista, toda la impronta intelectual, estética y política de ese movimiento va a ser barrida con esa misma derrota por las armas, de tal forma que no deja huella alguna; del fascismo queda sólo aparentemente su brutalidad con los disidentes internos y con su actuación nacionalista e imperialista cara al exterior; singularmente por el holocausto perpetrado por el nazismo contra el pueblo judío con el que colaboran en menor medida otros regímenes como la Italia del último Mussolini, la Hungría de Horthy, la Francia de Vichy... pero se deja de lado todo lo que fueron elementos de modernización política, doctrina, dotándole de una densidad intelectual, filosófica y política de la que luego se prescindió o se minimizó hasta hacerla desaparecer, entre otras cosas por ser arrastrado el fascismo por su propia espiral destructiva hasta convertirse en una mera máquina de sembrar muerte y desolación. De todo ese mundo sólo queda España, sometida sin embargo a la precariedad de una pequeña potencia que sólo pretende sobrevivir en un mundo, el de la posguerra mundial, en el que todos los referentes han cambiado.

El nuevo régimen encabezado por el General Franco es el producto de la terrible guerra civil entre 1936 y 1939 pero su inspiración está en el proceso de fascistización al que fueron sometidos los sectores conservadores y tradicionales en los años treinta, acelerados por el rechazo ante el reformismo de la segunda república. Lógicamente, este régimen intenta generar un tipo de cultura política necesariamente fabricada desde el poder y con pretensiones de ser uno de los instrumentos de dominación de la población española. De hecho, la legitimación del régimen se basa en dos grandes pilares: el terror de los asesinados, encerrados, deportados, exiliados y desaparecidos en la guerra y posguerra, con toda la violencia de un sistema que basa su continuidad en el terror (y en el recuerdo del terror de la guerra civil, su basamento más fuerte hasta el final) y por otro lado la construcción de una “cultura“ de los vencedores que va a barrer todo (o casi todo) rastro de la cultura de los vencidos y no sólo de éstos, sino de todo la tradición heterodoxa, renovadora, ilustrada que había florecido, con altibajos desde el siglo XVIII⁵.

La nueva cultura franquista, que tenía su propia y previa base tradicional conservadora, en buena medida la reinventa al exagerarla, fascistizarla y manipularla al primar la urgencia de instalarse en el poder; ese pasado conservador y reaccionario está demasiado lejano y puede ser fácilmente

⁵ Sobre el tema de la pervivencia de la cultura liberal en el franquismo la referencia es J. GRACIA, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, que dio lugar a un rico debate ulterior.

manipulado. Se trata de crear sobre todo, una nueva cultura popular basada en la creación de “nuevo hombre” hispánico, que teniendo raíces muy profundas en la tradición (tradición reaccionaria antiliberal, tradición carlista, tradición católica, tradición hispánica, tradición conservadora) y una retórica imperial que se reclama de la tradición de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, se inspira en realidad en los fascismos triunfantes en Europa, poniéndose en marcha mecanismos de socialización y encaramiento de la población, borrando el pasado (anterior a la guerra) y creando un nuevo espacio retórico de adoración del Estado y su encarnación, como más honda esencia de los valores españoles tradicionales, cuando no era sino una gran ruptura, una refundación radical del Estado que se servía de los elementos más tradicionales, más conservadores, más negadores de la evolución liberal, ilustrada y abierta del Estado, reduciendo a la nada otra tradición, la tradición liberal progresista que se había ido asentando a lo largo de la edad contemporánea, especialmente en el primer tercio del siglo XX y singularmente con el primer bienio reformista de la II República.

Por lo tanto, la mezcla de los viejos ingredientes, con mecanismos nuevos y nuevos aires políticos en Europa se convertía en todo ese acervo reaccionario de la cultura franquista que es un elemento fundamental para explicar la construcción y asentamiento del nuevo régimen. Esa “cultura” se proyectaba en un sinfín de aspectos en los que se mezclaba lo político (los órganos de encuadramiento de niños, jóvenes, mujeres, obreros, con sus órganos de prensa, bibliotecas, actividades, etc.), lo estético (los monumentos a los caídos en todos los pueblos de España, las conmemoraciones de fechas y personas, la arquitectura y las artes), lo periodístico (control total de la prensa y los medios de comunicación más modernos como la radio), lo educativo (todo el aparato educativo y sus concepciones antiinstitucionistas) y lo intelectual (el mundo académico y literario que busca el “estilo joseantoniano” y habla de valores falangistas, o católicos o imperiales...). Todos estos factores hay que contemplarlos en su conjunto, con sus intersecciones, pero también con las ambivalencias y contradicciones que generan conforme pase el tiempo.

Tras la terrible década negra de los años cuarenta, con hambre, represión e incertidumbre por un mundo en guerra y luego por la soledad y condena internacional, las cosas empiezan a cambiar con lentitud a principio de los años cincuenta.

Deslegitimación cultural y pérdida de proyecto político del régimen franquista

El régimen franquista, desde mediados y finales de los años cincuenta da signos de que es incapaz de perpetuar una cultura propia, es decir unos elementos culturales capaces de transmitirse generacionalmente, manteniendo de alguna manera la comunidad básica de valores y haciendo posible un consentimiento claro en torno al sistema existente. Algo parecido a lo que sucedería en Italia con los jóvenes forjados en el *ventennio* que desde mediados

de los años treinta generan un desarraigo y un rechazo al régimen y sus limitaciones⁶. La contradicción consecuencia de estas limitaciones explican también la propia evolución del franquismo, hasta perder la batalla de la cultura desde mediados de los años cincuenta, en término de Juan Pablo Fusi⁷ pero también las que hacen que buena parte de quienes se van a oponer con más fuerza al régimen (estudiantes y obreros jóvenes) no lo hagan por una politización ligada a las fuerzas progresistas del pasado, derrotadas en la guerra, sino porque el régimen no es capaz de imponer su cosmovisión o si lo hace, genera contradicciones con su propia práctica política, social, intelectual. Y ello llevará con el tiempo a la ruptura y al enfrentamiento y, posteriormente, al reencuentro con los partidos y fuerzas que encarnaban la antigua legalidad republicana o la nueva realidad política de la Europa democrática de los años sesenta y setenta.

Esto será posible por el alejamiento del recuerdo de la guerra (aunque aún fuera muy potente), el fulgor de los países democráticos, autentico ejemplo en todos los aspectos materiales o inmateriales y la imposibilidad de crear unas elites políticas e intelectuales dignas de tal nombre, harán que desde esas fechas y claramente en el segundo franquismo, años sesenta y setenta, el régimen tenga perdida la batalla cultural; ello se ve con claridad en las Universidades, pero también en otros medios intelectuales y artísticos, en donde las ideas marxistas, liberales o estéticamente diferentes al franquismo sean los que triunfen especialmente en los años sesenta. El retroceso de los valores del régimen (parcialmente, ya que los años sesenta son también de consolidación material y de encarnación, en el sentido literal en la vida cotidiana de los españoles del régimen franquista como algo normal, insoslayable, sin alternativa aparente) se va a ver con más claridad cuando, en los años de agonía del franquismo, no haya terreno para los apoyos al régimen y los propios sectores evolutivos del franquismo asuman un cambio de régimen a la muerte del dictador. Se habría creado un mundo de la cultura, pero también del pensamiento, la filosofía, el arte muy alejado de los valores del 18 de julio.

El seguimiento y proceso de reconstrucción de este proceso de alejamiento en detalle nos lleva a las revistas del Sindicato Español Universitario - equivalente al GUF italiano- donde podemos encontrar, especialmente desde fines de los años cuarenta en *La Hora* y sobre todo en los cincuenta con *Alcalá* y otras, una actitud crítica hacia la realidad del régimen en algunos aspectos, aunque ésta casi nunca se exprese formalmente. Un régimen aislado internacionalmente y sin referentes, que muestra su aspecto más mediocre y gris, menos atractivo para la juventud, mientras se seguía hablando, demagógicamente, del carácter revolucionario y juvenil del régimen, etc. Algo

⁶ La obra mas reciente y completa sobre los Gruppi Universitari Fascisti es la de L. LA ROVERE, *Storia dei Guf. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista 1919-1943*, Torino, Bollati Boringhieri, 2003.

⁷ J. P. FUSI, *Un siglo de España. La cultura*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p.125 y ss.

similar ocurrió en Italia en los años treinta, en los Littoriali della Cultura e dell'arte, en los círculos del Cineguf en los referentes estéticos que se usan en la línea del movimiento moderno, en el lenguaje e intereses de las revistas juveniles... De esta forma, el fascismo tanto en Italia como en España mostraba aquí su incapacidad para ir más allá de la peripecia vital de la generación protagonista, en este caso de la guerra civil, en el italiano la primera guerra mundial y la marcha sobre Roma. Lo que no quiere decir que no fuera honda y profunda la huella de la experiencia fascista en la sociedad italiana, al igual que la fue en la española⁸.

Si nos vamos al mundo literario, ahí nos encontramos con que los grandes autores del régimen, y los ejemplos más conocidos son Camilo José Cela o Gonzalo Torrente Ballester, ambos de formación falangista, van a introducir en sus novelas unas buena dosis de escepticismo, de irreverencia y, en el caso de Cela, un retrato ácido y muy duro de la realidad social española que, aunque seguramente intentaba acercarse mas a señalar las carencias y no tanto a acusar al régimen, el resultado fue de denuncia de esa realidad. Cosas no muy diferentes pasan en el mundo del cine en películas de José Antonio Nieves Conde como *Surcos* o en personalidades como Juan Antonio Bardem, comunista desde joven, pero que está rodeado y apoyado por los jóvenes aprendices de cineastas falangistas ligados al SEU, que es quien apoya las Conversaciones Cinematográficas de Salamanca de 1955.

Si hablamos de poetas jóvenes, en revistas como *Laye*, de principio de los cincuenta en Barcelona, podemos encontrar que escriben futuros escritores consagrados y críticos como Carlos Barra, Josep María Castellet, Manuel Sacristán y muchos otros; pues bien, esa revista era pagada y formaba parte de la Delegación de Educación de Falange en Barcelona; ahí, junto a la reproducción de discursos de los ministros o las loas a José Antonio y a Franco, podemos ver los temas que realmente atraían a esa juventud, aún mal definida políticamente: Europa, la libertad, los viajes, la lectura... todo aquello que les transportara a un mundo diferente al que estaban viviendo.

Lo mismo podemos decir del teatro que se representa en los TEU o del Cine que se ve en los Cine-Club del SEU, influido por el Cineguf italiano, pero lejos de su capacidad de producción de cine experimental. Hay muchos más ejemplos. Por ejemplo, el Servicio Universitario del Trabajo, una actividad ligada al SEU por la cual los estudiantes pasaban 20 días durante el verano

⁸ Un interesante resumen de la evolución de la historiografía italiana sobre el tema de la huella de la experiencia fascista y cómo ha estado influida ésta por el “paradigma antifascista” en L. LA ROVERE, *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo 1943-1948*, Torino, Bollati Boringhieri, 2008, Introduzione: *La questione dell'eredità del fascismo*. A pesar de las reflexiones críticas sobre cómo se ha analizado el franquismo en España no se ha producido un debate similar en el seno de la historiografía sobre el régimen y sigue pesando mucho el análisis del antifranquismo y se es mucho más renuente a ver los aspectos de consentimiento y de alineación con el régimen de una parte muy significativa de la población española, no sólo por el miedo, sino por identificarse con el bando vencedor en la guerra.

trabajando en fábricas, explotaciones, obras de construcción, etc., que buscaban un acercamiento de los jóvenes universitarios a los obreros; el resultado es que los estudiantes, que les iban a hablar a los trabajadores de José Antonio Primo de Rivera se encuentran con que son ellos los impresionados por la lamentable situación de los obreros españoles, a pesar del presunto carácter social del régimen que se les repetía siempre y de las críticas falangistas al salvajismo del capitalismo liberal. Esta actividad tendrá honda influencia en la maduración social de muchos universitarios que serán conscientes de las injusticias existentes en las relaciones laborales, el atraso en las zonas rurales españolas y la dureza de una vida obrera de la que muchos estaban completamente ignorantes. El contraste entre esta percepción y el discurso “revolucionario” del régimen y el lenguaje grandilocuente de los viejos líderes del fascismo histórico español, condujo a muchos a una ruptura sentimental primero con el régimen y luego política e ideológica⁹.

Todas estas cuestiones y vivencias culturales hacen posible que se cree un marco favorable a la aparición de una cultura crítica especialmente entre los jóvenes de distintos grupos sociales y ocupaciones que, a partir de estas contradicciones, a lo que se sumaba el autoritarismo del régimen y su imposibilidad de cambiar y de reformarse (puesta de manifiesto con el intento del ministro de Educación Nacional Ruiz-Giménez de introducir reformas y cambios moderados en la primera década de los cincuenta) iba a derivar en un claro alejamiento entre juventud española y régimen, algo que ya es claro desde la segunda mitad de los años cincuenta, hasta llegar en algunos casos a la ruptura intelectual y social y, de ahí, a la ruptura política, con creciente claridad a lo largo de los años sesenta. Los sectores que se forjaron dentro de los órganos de encuadramiento del régimen para niños y niñas, jóvenes, universitarios, jóvenes obreros van mantener en muchos casos una actitud de respeto hacia el sistema que los ha formado pero también de expectativa de cambio producto de una sensibilidad que, forjada en los mitos del falangismo, nunca podía ser inicialmente antifranquista – todo lo contrario, era su necesario punto de partida – pero también era consciente de que era necesario rastrear lo que pasaba en el mundo, atender a una realidad distinta. Algunos de los procedentes de este mundo buscarán una tercera vía entre democracia liberal y comunismo y forjar un proyecto de futuro para el régimen ante el agotamiento de los valores del 18 de julio.

No podemos olvidar en cualquier caso que en los años sesenta, el régimen deja en un segundo plano a estos grupos y sigue con lo que había hecho en el pasado, es decir fabricar una cultura de masas que busca alejar a la población

⁹ Sobre este proceso, vid la bibliografía de Jordi Gracia, singularmente J. GRACIA, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Barcelona, Anagrama, 2006 y el libro de M. A. RUIZ CARNICER, *El Sindicato Español Universitario, 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo, 1939.1965*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

de la cultura crítica y que ahora se beneficia de la radio o de la televisión (la amplia programación de la celebración de los “XXV Años de Paz” es una buena muestra de ello), haciendo de esa forma que se perfile como un rasgo de aparente libertad, unida al avance económico de los sesenta, creándose una ilusión de libertad que no es real para sectores sociales determinados o para minorías intelectuales y políticas, pero que para una buena parte de las clases medias es perfectamente real. Aquí hay que hablar de la televisión y de la radio y de la acción del propio ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne. La aparente desideologización del régimen, el brillo del capitalismo, la conversión del propio franquismo reescriben la historia del propio franquismo, a pesar de los múltiples sectores desde los que se lucha contra el régimen.

En otro sentido, los enfrentamientos entre los sectores confesionales del régimen, ahora ligados al Opus Dei y los que se consideran falangistas y herederos del pensamiento joseantoniano en los años sesenta van a caracterizar el periodo, buscando éstos últimos diferenciarse de la práctica económica del régimen en esos años, lo que va a adopten un lenguaje más crítico hacia los privilegios de la enseñanza religiosa, los excesivos beneficios de la banca, la situación de los trabajadores ante el aumento del coste de la vida, generando un discurso de distanciamiento entre determinados sectores ante el día a día del régimen.

De alguna manera, hacer una lectura de la evolución del régimen en esta clave nos permite comprender mucho mejor el *tempo* de la evolución de éste, tanto en los elementos que explican rupturas como también las limitaciones, es decir la permanencia de una cultura política autoritaria entre los españoles, el apoliticismo aún tan extendido e importante, la dificultad de dejar de lado palabras, conceptos e ideas de lo que debe ser el poder político, tics autoritarios, y una enorme dificultad para aceptar el pluralismo político y una concepción no emocional del debate político.

La salida del fascismo en Italia

La forma de salir del fascismo en Italia y en España es muy diferente; en Italia, el régimen, unido al nazismo en el esfuerzo de guerra frente a las democracias, se ve arrastrado por la caída de Mussolini, pasando el país en horas a estar bajo el mando de Badoglio, entre las filas de los aliados. La aparición de una resistencia, la de los partisanos, que encarnan la historia democrática del país y la resistencia al aliado trocado en invasor, salva la dignidad de la nación y, a pesar de los acuerdos y reconocimiento de su condición de derrotada, hacen que a la memoria del fascismo se superponga la fuerte e intensa nueva cultural del antifascismo, base de la nueva República italiana y paradigma indiscutible en la Italia de la posguerra, a despecho de la guerra fría y de la polarización ideológica de los años sesenta y setenta.

Este triunfo de la memoria antifascista, deja de lado a Saló¹⁰, con sus contradicciones, incluso lo que tiene de último intento de radicalidad revolucionaria, que lleva a un nuevo fascismo social y de tonos revolucionarios, para marcar una línea de adaptación a la realidad de la posguerra. En este sentido, la Italia del verano y otoño de 1945 es un país que necesita encontrar su sitio, especialmente tantos jóvenes forjados en el fascismo y que honestamente sólo conocen el lenguaje revolucionario del régimen. Formados en los Littoriali della cultura e dell'arte, en la lectura de los semanarios para los jóvenes e influidos por el giro republicano de Saló, tenían un difícil encaje en un régimen político liberal-democrático cuya muerte y superación había sido anunciada por doquier desde que tenían uso de razón. De hecho, este tema, el del destino de amplias capas juveniles movilizadas de la sociedad italiana es un tema que se plantean con preocupación las fuerzas políticas del momento, y para muchos el mayor obstáculo hacia una transición hacia un marco democrático y plural. Sería una “generación infeliz” que pagaba los platos rotos de una larga socialización de los jóvenes italianos en los valores del fascismo¹¹. Pero son también una generación con una experiencia compleja y en la que los dos grandes partidos de masas de la posguerra, la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano se habrían fijado sin confesarlo a la hora de reconstruir el estado en la posguerra y a la hora de captar personas para sus organizaciones. En el caso de los comunistas, las organizaciones obreras y universitarias habrían asimilado a una parte de estos exfascistas mientras que los democristianos habrían aprovechado la estructura administrativa y los funcionarios. En todo caso, ambos partidos asumen la herencia del fascismo, no en cuanto a las ideas sino en cuanto a las personas¹².

El fenómeno estaba lejos de ser un mero caso de travestismo político a la búsqueda de carreras políticas, o la búsqueda de vías para la superación de un proceso de depuración de escasa relevancia práctica por voluntad de las grandes fuerzas políticas incluido un PCI que sabe que ni puede ni debe establecer un proceso al pasado reciente si quiere re-anclarse en la sociedad. Se trata de todo un proceso que va más allá del fracaso en la socialización de los jóvenes, y singularmente jóvenes universitarios en el fascismo italiano que ha sido estudiando de una manera amplia por diversos autores, ejemplificado en la obra

¹⁰ Sobre los hombres de Saló, L. GANAPINI, *La Repubblica delle camicie nere. I combattenti, i politici, gli amministratori, i socializzatori*, Milano, Garzanti, 2002, especialmente p. 367 y ss.

¹¹ G. PARLATO, *La sinistra fascista. Storia di un progetto mancato*, Bologna, Il Mulino, 2000, pp. 327-328. En este sentido, como recoge Parlato, algunos medios como la revista «Costume» plantearán un debate sobre los jóvenes que habían pasado al antifascismo desde posiciones fascistas.

¹² Sobre este complejo y no bien conocido tema, son muy importantes los trabajos de G. PARLATO, *Fascisti senza Mussolini. Le origini del neofascismo in Italia, 1943-1948*, Bologna, Il Mulino, 2006, pp. 26-29 y P. BUCHIGNANI, *Fascisti Rossi. Da Salò al PCI, la storia sconosciuta di una migrazione politica*, Milano, Mondadori, 1998, en donde se sigue el paso de algunos de los elementos más significativos en esta transformación.

de Ruggero Zangrandi *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*¹³. Las aproximaciones más recientes al tema han puesto de manifiesto que no se trata sólo de un fracaso y un ruptura sino que hay una parte de la formación recibida por los jóvenes dentro de la experiencia totalitaria que hace posible y a la vez condiciona la inclusión en otros movimientos y partidos de la nueva sociedad democrática precisamente por la viscosidad y profundidad en la penetración de la socialización fascista¹⁴.

No pretendemos profundizar en el caso italiano, que cuenta con obras con un desarrollo más amplio de estas cuestiones, sino mostrar cómo en el caso italiano es posible hablar de un complejo proceso de transición que dista de ser una mera y alegre sustitución del derrotado fascismo por el antifascismo y que supone valorar cómo la experiencia fascista, que muchos viven como revolucionaria, puede dar lugar a una implicación en los partidos de masas de la nueva republica democrática y singularmente del PCI, precisamente porque su condena a la política liberal pre-fascista y la sensibilidad social explica cómo es posible que un buen número de jóvenes, especialmente élites universitarias y lectoras puedan integrarse dentro de la sociedad democrática, dando el paso no contra su educación sino partiendo de ésta.

El “postfascismo” del régimen franquista

El mundo de los años cincuenta y los sesenta no es el mismo de anteguerra. El régimen esto la va a empezar a entender tras la crisis universitaria de 1956 y el entorno económico negativo de ese momento que lleva a la toma de decisiones aperturistas y realistas en el terreno económico con el Plan de Estabilización. El resultado es un nuevo impulso económico y también político de la mano del gobierno de 1962 que logra enganchar a la España franquista al crecimiento económico europeo, modernizando infraestructuras, favoreciendo la industrialización, haciendo del boom turístico un modelo de crecimiento fulgurante en la costa mediterránea y en el conjunto del país e intentando convertirse en un socio económico y político de los países europeos, como demuestra la petición de entrada en el Mercado Común Europeo. La coyuntura política y social de los años sesenta en toda Europa mostraba en ese sentido también una gran efervescencia y una revisión de los recién asentados pilares del estado del bienestar, como lo va a demostrar el *miracolo* italiano.

A la altura de los años sesenta como hemos comentado, una pequeña pero significativa parte de la sociedad española había empezado a poner en cuestión el régimen, singularmente la Universidad y los jóvenes obreros que día a día

¹³ R. ZANGRANDI, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Milano, Feltrinelli, 1962. Sobre este tema, ver L. LA ROVERE, *Storia dei Guf*, cit., p. 3 y ss.

¹⁴ L. LA ROVERE, *L'eredità del fascismo*, cit., Introduzione.

vivían su desamparo ante el empresario o la autoridad de turno. Culturalmente, el proceso de deslegitimación al que hemos aludido estaba en marcha pero lleno de contradicciones que llevan a un horizonte de confusión mental que combina por ejemplo el rechazo a la política exterior de los EEUU y a su naturaleza capitalista con la fascinación por las revoluciones del tercer mundo, mientras se sigue venerando a la figura de Franco y se presenta a su régimen como una demostración de vanguardia política.

Ese discurso político es el producto del cruce entre la socialización en la doctrina fascista del falangismo, su revolucionarismo formal y una práctica del régimen del 18 de julio y la persona de Franco que estaban muy lejanos a la altura de los años sesenta de poder implementar un programa similar. Hasta aquí nada diferente a evoluciones como la italiana. La diferencia está en que en el caso italiano se da el colapso del estado, la invasión del territorio, el contexto bélico y la creación de una nueva legitimidad de forma traumática. En el caso de España, Franco permanece en el poder hasta el final de sus días, con un agostamiento progresivo del régimen sólo mantenido por el desarrollo económico, por la pervivencia del aparato represivo y por el recuerdo de la guerra civil y el miedo inculcado en la población a lo largo de décadas.

Mientras el régimen se marchita, se da una maduración progresiva social y política de sectores que de forma directa (por influencia de la oposición política en el exilio o los movimientos sociales en ascenso) o indirecta (mediante la constatación de las limitaciones de las ideas y referentes que se habían recibido y que son puestos en entredicho) y que dan como resultado una experiencia que contenía en su germen elementos aprovechables para la democracia sin pasar por el liberalismo¹⁵ o llegando de nuevo a un cierto liberalismo como consecuencia de que se contaba con otros referentes que no eran sólo los de la tradición reaccionaria.

Ese es el caso de los que teniendo una educación basada en los presupuestos fascistas parten de unos elementos formalmente revolucionarios y cuya lectura descontextualizada lleva a caminos de ruptura y cambio a partir del propio desencanto. Pero sin esos ingredientes tampoco se entiende la evolución hacia posturas democráticas de determinados sectores de la población que no habían estado nunca en contacto con un contexto de pluralismo político y libertad.

De esta manera, aquí tendríamos unos elementos, contradictorios con la libertad y la democracia en su definición pero que, en contraste con los sectores ligados al catolicismo político, en los años sesenta y setenta representado por el Opus Dei, y en contraste con el viejo militarismo reaccionario, va a ser capaz de poner en manos de los jóvenes y de las nuevas generaciones unos elementos a partir de los cuales se podrá obtener un fruto muy diferente, dando lugar a la ruptura; pero es que los llamados sectores reformistas del franquismo, los azules más jóvenes y aparentemente carreristas, *trepas* políticos, habían interiorizado esos valores y se traducían en una vocación popular, una mayor

¹⁵ S. JULIÁ, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 407.

apertura de ideas y el diseño de un futuro político lejano de las tesis conservadoras y reaccionarias aunque modernizadoras en lo administrativo de los opusdeístas y alejadas también de los llamados neocanovistas que de la mano de Manuel Fraga intentan conseguir una salida moderada de una democracia limitada, encarnada en la primera Alianza Popular de los siete magníficos ya en el periodo de la transición.

Todo este proceso que se vive en España desde sectores falangistas tiene una parte de “desfascistización” como señala Ferrán Gallego¹⁶. Una desfascistización que no debe ser leída como el producto de un nuevo afán democrático ni de una conversión paulina, sino como una evolución que tiene su reflejo en las bases políticas de la sociedad franquista, no sólo en la creación y formación de unos sectores sociales juveniles en la Universidad y en el taller alejados del régimen, sino incluso dentro de los sectores del Movimiento, la asunción de un discurso crecientemente radicalizado frente a una práctica política y económica capitalizada por los sectores que ellos mismos denominan de “derechas” y que se encarnan en las políticas de los ministros del Opus Dei. Eso hace que los propios sectores falangistas del SEU, de las Falanges Juveniles de Franco, de los círculos de la Guardia de Franco y algunas centurias combativas, como la Centuria 20 de Madrid, que agrupaban no sólo a sectores violentos e irreflexivos sino a personajes del mundo falangista universitarios como Francisco Eguiagaray o el futuro colaborador de Adolfo Suárez Eduardo Navarro inicien también un proceso de adaptación y de uso de los conceptos y sentimientos mantenidos a lo largo de los años en la estela de los textos y pensamientos del fascismo español de los años treinta (José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma, Ruiz de Alda, etc.) adaptándolos a un lenguaje que acaba siendo crítico respecto a la revolución fallida que parece el 18 de julio y la realidad del régimen de Franco, aunque ello no haga renegar de Franco, sino señalar las limitaciones de un gobierno sometido a múltiples influencias y un contexto hostil.

Este falangismo pues reivindica una agenda social que le conecta con el socialismo y con la actitudes de desafío al sistema capitalista y de predominio de los EEUU, busca nuevas vías de participación y expresión de la ciudadanía, pero sigue abjurando del pluripartidismo y de la libre expresión política. En realidad, estamos hablando de un movimiento que vuelve a lo básico del fascismo inicial: la unión de la causa social y el ser nacional, con la asunción de una escala de valores que hace rechazar broncamente el comunismo (reconociendo lo que supone de reacción ante un mundo injusto), pero hace de la agenda social el elemento primordial de su programa político. Esto hace que en España subsista un falangismo diferenciado del propio aparato del Movimiento (pero que vive de él o a su sombra), que está presente en los Círculos Doctrinales José Antonio, que da sentido en cuanto doctrina a las

¹⁶ F. GALLEGO, *El evangelio fascista*, cit., p. 659 y ss.

reuniones de asociaciones como los Antiguos Miembros del Frente de Juventudes, que pone en marcha al calor de la Ley de Prensa de Manuel Fraga experimentos como la *Revista SP* y luego *Diario SP*, iniciativas de Rodrigo Royo y periodistas procedentes del Movimiento pero de carácter independiente y que hacen una lectura política crítica del entorno internacional. Estos sectores son siempre fieles a Franco, pero son críticos ante las fuerzas más influyentes del régimen en los años sesenta que son los sectores del gobierno ligados al Opus Dei, con Laureano López Rodó a la cabeza y que gozan de la protección del Almirante Carrero Blanco.

En el entorno de estos grupos de falangismo crítico se observa y contempla con entusiasmo fenómenos como la revolución cubana, vista como una reacción nacionalista frente a un poder dependiente de los EEUU contra quienes se tiene un doble rechazo: el que corresponde a la potencia que encarna el capitalismo triunfante y se dice que tiene bajo su dominio a la antigua América española, impidiendo su desarrollo, imponiendo gobiernos y limitando su soberanía efectiva y por otro lado a unos EEUU que son también la encarnación de la democracia liberal que posibilitó la derrota de los fascismos, que siguen siendo reivindicados con sordina aunque se reconozcan defectos y errores, pero que seguirían encarnando los valores de la civilización y cuya memoria ha sido manipulada y tergiversada por los vencedores¹⁷. En coherencia con ello, la democracia liberal sigue viéndose como algo acabado ante la fuerza de la formulación comunista (por mucho que se rechace) y, aplastado el fascismo, quedaba en el otro lado la podredumbre del liberalismo, contra el que la juventud, los sectores sociales combativos se estarían levantando. Así se ve la movilización estudiantil de mediados de los sesenta en los EEUU y por supuesto las movilizaciones estudiantiles del continente europeo rematadas por el estallido del mayo francés en 1968. De ahí la fascinación por la figura del Che Guevara, invitado del Movimiento en varias ocasiones, pero también la atención a fenómenos como la revolución cultural china, la lucha de los países del tercer mundo y singularmente el movimiento de los países no alineados y el carácter de regímenes como el de Ben Bella en Argelia, la Yugoslavia de Tito, el Egipto de Nasser. Revistas de proyección comercial como los citadas *Revista SP*, *Diario SP* o *Índice* prestarán atención a estos fenómenos, pero desde luego también las revistas universitarias ligadas al SEU (*Nosotros*, *Acento Cultural*, *La Hora*, 24) y de su entorno (*Marzo...* revistas de distrito) pero también medios de proyección general como el diario sindical *Pueblo*, que dejará espacio en sus páginas para este tipo de

¹⁷ M. A. RUIZ CARNICER, *Fascistas 'de izquierdas' en los años sesenta. La búsqueda de las bases populares para el proyecto de una izquierda nacional en la España de Franco*, en «Rúbrica Contemporánea», Vol. 3, n. 5, 2014. Vid también M. A. RUIZ CARNICER, *Jóvenes, intelectuales y falangistas: Apuntes sobre el proceso de ruptura con la dictadura en los años sesenta*, en «Cercles. Revista d'història cultural» 16/2013, pp. 103-122. Buena parte de los ejemplos y referencias que cito los tomo de *Diario SP* y *Revista SP*, como se refleja en el primero de los artículos citados en esta nota.

enfoque. En ellas encontramos esa atención al exterior, esa búsqueda de un momento diferente que por un lado, supere los resultados de la segunda guerra mundial, y haga posible fórmulas alternativas que, según su punto de vista recuperan buena parte del impulso de los años treinta y la fórmula española del régimen encabezado por Franco, en cuyo seno estarían soluciones de vanguardia.

En el terreno interior, estos medios y estas persona trasladan esa cruzada de lo “nuevo” con lo que conecta con la juventud y con el ansia del justicia del verdadero pueblo, con la afirmación de una agenda social que chocaría con las visiones más derechistas de los hombres del catolicismo político del Opus Dei, a los que reprochan su visión economicista, sin pizca de interés social, alineándose con el capitalismo de rapiña, y buscando una fórmula “demoliberal” para el futuro de España, unida también la fórmula de la entronización de un rey, como salida política a la continuidad de Franco cuando éste por edad ya no pueda estar al frente del estado. Los años sesenta, especialmente entre el accidente de caza de franco hasta el nombramiento del hijo del pretendiente D. Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII, están presididos por esta pugna que está unida a un entorno en proceso de cambio.

Son estos los sectores que verán en la coyuntura de la elaboración de la ley Orgánica del Estado y en los dos años y medio en que tarda Franco en nombrar a Juan Carlos de Borbón como sucesor a título de Rey, una oportunidad para diseñar un estado futuro, que se desea con la peculiar figura de un regente como sucesor de Franco en una peculiar régimen de república coronada y con una Falange fuerte que encarne el ideario social histórico de la Falange que sería, según esta visión la responsable de los avances sociales del régimen (seguridad social, mejora material, derechos de los trabajadores, mecanismos de protección y representación dentro de la Organización Sindical...). Este sector social avanzado del 18 de julio haría posible la pervivencia de los valores de dicha fecha pero ampliando su apoyo, superando su raíz bélica y asumiendo mecanismos de participación e inclusión política. El 18 de julio, permanecería como un irrenunciable punto y aparte, el momento de renacimiento de la nación.

Estos grupos, autocalificados como «izquierda nacional» o como «lo más progresista, moderno e ‘izquierdista’ entre las fuerzas que agrupa el régimen de Franco»¹⁸ tienen un claro paralelismo con los sectores de la llamada «sinistra fascista» en Italia que tan bien ha descrito Giuseppe Parlato¹⁹ y que van a actuar en un contexto muy diferente – el de la republica democrática y pluripartidista italiana de posguerra – y que difícilmente podrían encontrar acomodo en el Movimiento Social Italiano (MSI)²⁰.

¹⁸ 588.847, “ Más fascismo”, *Diario SP*, 7 junio 1968, p. 1.

¹⁹ G. PARLATO, *La sinistra fascista*, cit.

²⁰ F. GALLEGU, *El MSI y el lugar del fascismo en la cultural política italiana*, en «Studia Historica. Historia Contemporánea», 30 (2012).

Todo este conjunto de iniciativas que se desarrollan en el seno de la dictadura hacen que podamos utilizar el concepto de postfascismo, entendiendo éste como una situación de superación de las propuestas fascistas, que se enfrentan a un contexto diferente, pero que rechaza el mundo presente y sus valores políticos como caducos o puestos en cuestión y que para idear fórmulas de futuro echa mano de ingredientes nacionalistas, socializantes y populistas que buscan definir los parámetros políticos que debería tener una post-democracia liberal. La crítica que se hace al marco sociopolítico capitalista y la búsqueda de conexión con las ansias de cambio de la población explican su atracción por fórmulas tradicionalmente relacionadas con la izquierda; a la par miran con entusiasmo la fórmula caudillista de muchos procesos revolucionarios autodefinidos de izquierda (Fidel Castro, Ben Bella, Tito, Nasser), hombre providenciales en cuya estela se quiere integrar a Franco en cuanto el 18 de julio se ve como una revolución nacida de la rebeldía ante un mundo caduco, una de cuyas manifestaciones sería el comunismo, a pesar del reconocimiento a su rebeldía y a su intento de hacer frente al capitalismo, pero que sepultaba valores religiosos y nacionales y culturales esenciales a la cosmovisión occidental.

Aplicado a Italia, el postfascismo, antes de que la expresión se utilizara aludiendo a la transformación del Movimiento Sociale italiano en Alleanza Nazionale de la mano de Gianfranco Fini en la Italia de los años noventa y fin de siglo, que se acabaría integrando la coalición con Silvio Berlusconi y luego en Il Polo della Libertá alude más al momento de la inmediata posguerra en Italia en lo que tiene de acercamiento al PCI de un buen número de jóvenes fascistas que consideraron que su visión del mundo, su sensibilidad social y sus ansias de cambio podían ser recogidas mucho mejor en el PCI que en cualquier otra formación de carácter demoliberal o tan ligada al sistema como la democracia cristiana²¹.

Pero ese postfascismo en el caso español hay que tratar de verlo como un producto del deterioro de unos postulados anacrónicos respecto al contexto político y social de los años sesenta, pero que aún alimentan una parte importante de los jóvenes socializados en los iconos del falangismo y en la “respetabilidad” de un 18 de julio que es presentado en esta época como una fecha de obligado punto de partida, sí, pero también como un patrimonio común de los que ganaron y los que perdieron, como una quintaesencia del esfuerzo y tragedia histórica de España en ese momento (“explosión de los elementos más nobles de la persona humana”, para Emilio Romero) y, en los sesenta, la encarnación de una convivencia pacífica en paz:

²¹ Así se utiliza la expresión por parte de varios autores como Giuseppe Parlato o Luca La Rovere, cuyas obras citamos a lo largo de este trabajo. Concretamente La Rovere explica así el postfascismo: «Il rifiuto dell'ordine antifascista costituiva, in questo caso, l'espressione di una reale aspirazione di molti giovani al superamento dell'antitesi fascismo-antifascismo in nome di una più avanzata sintesi postfascista» (L. LA ROVERE, *L'eredità del fascismo*, cit. p. 180).

Al 18 de julio, en cuanto a colisión de unos españoles con otros españoles, carpetazo. Los que vienen detrás de nosotros no pueden heredar nuestras discordias. Sería tanto como dejarles en herencia otra guerra civil. El 18 de julio, como fundación de una España que se ha propuesto arreglar sus cuentas en el propósito de convivir todo, ése es su *espíritu*.²²

El resultado de la aplicación concreta de este espíritu a la altura de mediados de los sesenta resultaría en un programa moderado y prudente; economía basada en la planificación económica «mediante la armonía del Estado y la empresa privada»; en una vaporosa «mayor participación popular en la organización de los poderes» («Ni dictaduras ni anarquías; ni liberalismo, ni totalitarismo. Un compromiso de todos») y socialmente en un medio que permita la promoción social «con el trabajo bien pagado, y los beneficios justos»²³. Es decir, una enunciación de apertura que se basaba más en la falta de ideas y de proyecto del propio régimen, pero con la nítida declaración de que nada debía hacerse fuera de éste. Una enunciación formalmente asuntiva, compatible por otro lado con la represión de los universitarios, la persecución a los disidentes como lo mostraron las detenciones y casos de los catedráticos de la Universidad Complutense en 1965 y un aumento de la represión contra los sectores de sociedad más organizados en torno al movimiento estudiantil y las nacientes comisiones obreras.

Pero más allá de las añagazas propagandísticas del régimen, hay una realidad de presentar la “obra del 18 de julio” como el horizonte—tabla rasa para dibujar el futuro; y sólo en ese contexto puede actuar un falangismo que ya no es la Secretaría General del Movimiento, ni los grupos ultras, por supuesto.

Estos grupos no quieren la democracia; quieren la participación y la “democratización” dentro del 18 de julio, del estado de cosas existente; y la opción es acercarse a ser una gran organización socialdemócrata que de cauce al sindicalismo y a las expectativas de cambio, pero dentro de una peculiaridad política de España.

Por supuesto, estos movimientos pueden ser vistos como una trampa o una máscara más del régimen, el enésimo intento de justificación, de supervivencia; y además, fracasan porque el régimen no será capaz de poner en marcha un proyecto capaz de salvar políticamente la herencia del 18 de julio, como el tránsito a la democracia y su evolución posterior demuestran; pero precisamente que ese tránsito haya sido protagonizado en una medida importante por los hombres provenientes del falangismo reformista se puede decir que hay una conexión clara entre los procesos descritos y la transformación mental y del avance del conciencia democrática también desde esos puntos de partida ajenos a la oposición y la tradición del pluralismo

²² “¿Qué es el espíritu del 18 de julio?”, en E. ROMERO, *Los “gallos” de Emilio Romero*, Barcelona, Planeta, 1968, p. 72.

²³ *Ibidem*.

democrático. El 18 de julio no sobrevive a la muerte de Franco porque estaba basado en la reafirmación de los «valores de la cruzada», en la negación de la reconciliación y en la pervivencia de los criterios de los vencedores en la guerra.

La reconstrucción de la democracia en España se hace también desde los parámetros de una clase política surgida del régimen, socializada en el fascismo de los años treinta y sometida luego a un proceso de modernización política aunque fuera de los parámetros convencionales de la democracia liberal. Por ello interesa reflexionar sobre el influjo real en una población en una población formada y socializada en una buena parte en los parámetros del régimen y singularmente de la mitología falangista de estos intentos más allá de interesarnos en una mera pugna entre los dos grupos mayoritarios del franquismo aspecto que ha sido analizado por Ismael Saz²⁴ que reconoce por otro lado²⁵ que más allá de los enfrentamientos entre las élites es necesario analizar las actitudes sociales y el impacto de estos discursos y esfuerzos en la población.

Este concepto de postfascismo aplicado al caso español puede ser una buena clave explicativa no sólo para entender el contexto de los años sesenta, sino porque también ayuda a explicar lo que sucede al final del régimen franquista, cuando sólo el búnker, representado en el Consejo Nacional del Movimiento resistía defendiendo la continuidad del régimen, mientras que quienes habían encarnado las posiciones postfascistas estaban dando paso a los políticos nacidos en el seno del régimen, de origen falangista en muchos casos y con carreras que lo debían todo al régimen, eran conscientes de que sólo un marco democrático podía posibilitar la reconciliación tras la guerra y el largo régimen franquista y que ello debía hacerlo sobre la superación de las viejas divisiones. Y ello lo harán desde una sensibilidad internacional ligada a posiciones del no alineamiento, como lo muestra la política exterior del presidente Adolfo Suárez que recibe a Yasser Arafat, visita a Castro en Cuba y frena la incorporación de España a la OTAN hasta que Leopoldo Calvo Sotelo, más ligado a la tradición católica y monárquica sea quien lo hace cuando éste desempeña la presidencia. Y con un tono que le permite superar muchas de las viejas cantinelas del régimen, que aún estaban presentes en reformistas oficiales con un perfil mucho más conservador como era el caso de Manuel Fraga.

La democracia republicana italiana se asentó en la memoria del antifascismo pero contó no sólo con la colaboración en todos los niveles de las esferas del estado de los antiguos adheridos con mayor o menor entusiasmo al fascismo, contó con el apoyo de los sectores más ideologizados a la hora de canalizar las ansias de cambio dentro del marco democrático, republicano y plural desde

²⁴ I. SAZ CAMPOS, *Las caras del franquismo*, Granada, Comares, 2013. Vid los capítulos *Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados* y *Y la sociedad marcó el camino, O sobre el triunfo de la democracia en España*.

²⁵ *Ivi*, p. 167, nota 44.

posiciones comunistas y sindicalistas. De la misma manera, la democracia pluralista española, esta vez con la forma de una nueva monarquía que alentará esta democratización, se basará entre otros muchos factores en la presencia de unos sectores reformistas del régimen nacidos de esas formulaciones y que junto con las fuerzas críticas con la dictadura y la acción de los partidos de oposición, singularmente el PCE, harán posible la superación de la dictadura. Sin contar con estos procesos internos, difícilmente podremos entender aspectos del tránsito de la democracia a la dictadura con la aparente suavidad y consenso como se realizó.

No es fácil entender esta cuestión sobre el papel de estos falangistas en esta España del tardofranquismo pues la imagen de los falangistas al final del franquismo ha quedado reducida a dos estereotipos: uno el de los falangistas que atacaban militantes de la izquierda, atacaban y quemaban librerías y todo ello con el aval y apoyo de los sectores policiales más oscuros y otro los sectores del búnker, puro inmovilismo político, apegados al lenguaje de guerra y del 18 de julio. Entre los primeros, los guerrilleros de Cristo Rey encabezados por Mariano Sánchez Covisa, que solía lucir una insignia con el yugo y las flechas en su habitual sahariana y tantos grupúsculos menores que surgen este momento²⁶; en cuanto al búnker, su mejor encarnación es la de buena parte de los miembros del Consejo Nacional del Movimiento; encerrados en un sólo juguete político, contemplaban cómo se iba viniendo abajo la obra del régimen, mientras sus hijos reales o metafóricos se afiliaban al Partido Comunista y la discusión de esencialismos siempre trufados de fidelidades inquebrantables impedían cualquier avance mínimamente serio en el único debate interno de ese largo final de la dictadura: las asociaciones políticas y la puesta en marcha de un limitado sistema de participación política²⁷. La forma patética de llevar este tema mostrará sin lugar a dudas que el régimen no daba más de sí; también mostraba a un núcleo de hombres –lo que se denominará el búnker– aferrados a las viejas posiciones, entre ellos falangistas como Jesús Suevos, José Antonio Girón o tantos otros, que reducían la estampa falangista a la de un mundo que se iba, que desaparecía y que va ser definitivamente superado a la muerte del dictador, aunque en la calle y en determinados ambientes lo había sido hacía mucho.

Pero a pesar de estas realidades, existían como hemos dicho núcleos forjados en los medios citados, hombres más jóvenes que buscaban fórmulas

²⁶ Sobre estos grupos, hay que citar lo solventes trabajos de F. GALLEGU, *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Madrid, Síntesis, 2006 y J. L. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994.

²⁷ Pere Ysàs ha estudiado este tema en trabajos como P. YSÀS, *El Consejo Nacional del Movimiento en el franquismo tardío*, en M. A. RUIZ CARNICER (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 365-380.

que combinaran la continuidad de los referentes en que se educaron con un proyecto de futuro que difícilmente podía ofrecerse en un régimen declinante, sin ideas y atado a las viejas obsesiones de quienes hicieron la guerra. Estos hombres producto de las secciones del Movimiento, fieles al régimen, pero conscientes de sus limitaciones y de la escasa capacidad de adaptación a una sociedad cambiante de quienes defendieron la construcción de algo parecido a un estado de derecho dentro del franquismo y los que creyeron que había que ampliar los canales de participación, constituyendo el material humano del peculiar postfasismo español. Es la generación de Suárez y los hombres del SEU y el Frente de Juventudes, religiosos, pero no clericales; ambiciosos políticamente pero servidores del estado por encima de cualquier otra consideración; conscientes del cambio social que se ha producido en amplias y crecientes capas de la población, pero respetuosos con la obra del Caudillo.

Se trata de poner en valor estos sectores como factor que ayuda a la hora de explicar la transición a la democracia, sin negar que quien va a protagonizar dicho cambio van a ser las fuerzas de la oposición que se han ido generando en el interior, unido a la presión exterior, el cambio social de superación del trauma de la guerra civil, el cambio en las pautas de consumo y socialización de la población y la propia lógica de un estado crecientemente complejo, que sin embargo necesita de algún tipo de legitimación política que vaya más allá de la perpetuación del recuerdo de la guerra civil y de la reafirmación del 18 de julio como canal de participación política de los españoles.

Cuando esta nueva generación y estos sectores tenga un protagonismo creciente y sean capaces de converger en la reconciliación, como el partido comunista lo hacía desde finales de los años cincuenta ase va a lograr lo que ya era un hecho en figuras muy determinadas como Javier Pradera²⁸.

En este sentido, y asumiendo las peculiaridades de cada país, vale la pena comparar la salida del fascismo en Italia y el proceso español de transición a la democracia, atendiendo a estos factores que proceden de dentro de los regímenes en su evolución a lo largo de los años, es decir deriva del fascismo en los segundos años treinta y la evolución política del franquismo de los años cincuenta y sesenta con la aparición de núcleos culturales y políticos que testimoniaban un distanciamiento progresivo de las nuevas generaciones respecto al régimen franquista.

Conclusiones

Siendo el caso español tan diferente al italiano en su salida del fascismo y la reconstrucción de la democracia, también aquí podemos encontrar por un lado el fracaso de la socialización política de los modelos franquistas que se ve con claridad en el protagonismo de la juventud universitaria y obrera de la lucha

²⁸ S. JULÍA, *Camarada Javier Pradera*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2012.

contra la dictadura de Franco desde la segunda mitad de los años cincuenta y que hace que el régimen se halle sin proyecto político de futuro también desde esas fechas. El paso de estos jóvenes a las filas de la lucha antifranquista sería el mismo elemento; pero cómo el régimen sigue, hay que tener en cuenta la acción de medios ligados en mayor o menor medida al partido único, al Movimiento, que a través de su interés por la situación internacional, por los procesos de cambio y revolución en el tercer mundo, el interés por algunas experiencias del mundo comunista, o la admiración por la lucha guerrillera van a facilitar que determinados sectores de la población jóvenes, profesionales dinámicos, y que estaban influidos por una socialización en los nombres, símbolos y valores del falangismo puedan hacer un proceso de paso hacia la democracia y los valores democráticos a partir de lo que se les suministra por estos medios.

En ese sentido, se puede hablar más quede paralelismos, de que hay elementos relevantes compartidos por los procesos de ambos países. No en vano hablamos de fascismo; de fracaso en la socialización de las jóvenes élites en éste y de un proceso de apertura mental y de ruptura que tienen su base en la sensibilidad social y revolucionaria de amplios sectores de la población joven y culta a lo largo de los años sesenta y que aún tiene mucho recorrido que hacer.

Nos interesa el concepto de postfascismo que se aplica en Italia en la inmediata posguerra por parte de los autores citados y la posibilidad de utilizarlo para comprender mejor la realidad social y política de una franja importante o incluyente de la sociedad española pero a diferencia de la sucedido en Italia no esperando al final del régimen, en el caso español a la muerte del dictador, sino a partir del momento en que el agotamiento del régimen es un hecho y se genera una especie de postfascismo dentro de un régimen de origen y naturaleza fascista pero cuya evolución interior, contexto internacional y larga duración hace muy difícil que podamos hablar de él como activamente fascista en el sentido del fascismo histórico de los años veinte y treinta en Europa.

La ruptura evidente que se produce en el caso italiano no debe ocultar el hecho de los tres elementos en que puede converger la comparación entre el caso español e italiano de comparación: en primer lugar, la existencia de sectores juveniles críticos con la marcha del régimen que alientan el espejismo de la segunda revolución en Italia o la revolución pendiente en España, que dará lugar a un proceso de separación de esa juventud del régimen hasta ir a para a la oposición o, al menos, tener sembrado el campo para esa ruptura ulterior, cuando las circunstancias lo hagan posible. En un caso será tras la derrota y el hundimiento del sistema; en el otro, ante el agotamiento del régimen y la búsqueda de alternativas y cuando con la muerte de Franco, hay una ruptura clara respecto al pasado.

El segundo hecho de convergencia es la existencia de sectores provenientes del fascismo, forjado en este, que va a continuar con los referentes, los nombres, el sentimentalismo y con una aproximación a los ideales sociales y del cambio social que están presentes en la doctrina fascista le llevarían a la

izquierda de forma natural, pero que están retenidos por el peso del anticomunismo y el nacionalismo palingenésico; ese proceso se ve en la evolución de la “sinistra nacional” a lo largo de las décadas de la primera república hasta los años ochenta (dentro de las muchas líneas que hay en el Movimiento Social Italiano) lo mismo ocurrirá en España con la diferencia de que en un caso hay un contexto abierto democrático y por lo tanto con alternativas; y en el caso español se trata de un producto del aislamiento intelectual y político de varias generaciones que hace que se tenga que construir la democracia también con materiales humanos y políticos que proceden de la dictadura y de la retórica fascista de los años veinte y treinta pasados por la experiencia del shock con una realidad social e internacional muy diferente a la que fueron educados.

En el caso italiano, el derrumbe del régimen y la asunción de una cultura antifascista y democrática como nuevo marco predominante fuerza a un proceso dentro del cual la generación forjada en el fascismo va a tener un protagonismo que ayuda a comprender el complejo proceso de reconstrucción democrática.

En el caso español, se puede ver cómo el franquismo pierde la batalla de la modernidad en todos los frentes de la cultura y de la calle. Y eso explica la transición, con la progresiva asunción de valores democráticos. Pero la razón de este hundimiento radica en la propia desconexión que se produce en el franquismo entre el régimen y su sociedad. De ahí que incluso los que utilicen sus vías y sus referentes intelectuales, acaben sirviéndoles para alejarse de un franquismo tardío que, por encima de cualquier otra cosa, y de las fuerzas que él mismo desata es inmovilista, que repugna todo lo que signifique cambio y que tiene una concepción momificada de la realidad social española.